

La Escuela Productiva

Claudio Valentini

Lo que hemos aprendido

Hemos aprendido que la gran diversidad que presenta nuestra provincia, hace inviable obtener la conformidad general como consecuencia de una sola decisión, de una sola determinación, o de una sola mirada que pretenda atravesar a todas. Cualquier línea, en cualquier aspecto, no puede contener ni sostener a todos los servicios. Historias, superficies, comunidades, acuerdos, convenios, recursos y compromisos, nos hacen diferentes aún buscando en conjunto el mismo objetivo.

Hemos aprendido que además de nuestras diferencias propias, estamos condicionados también por los recursos naturales. Generalmente abundantes y favorables en las distintas regiones, pero no puntualmente en la superficie que nos toca trabajar.

Hemos aprendido que una “escuela chica” es capaz de enseñarle a sus alumnos que se puede. Que no siempre la infraestructura, el equipamiento, ni tampoco la producción, son sinónimos obligados de una buena educación.

Hemos aprendido que resultó estéril definir servicios modelo o grupos elite, normativas cerradas y rígidas, o criterios unidireccionales que no respetaron el principio de autonomía de las instituciones escolares.

Hemos aprendido que el respeto aparece cuando existe un proyecto de escuela, útil, con docentes que enseñan de otra manera para alumnos que aprenden de otra manera.

Hemos aprendido que la cantidad se defiende con la calidad. Y la calidad, con el grado de utilidad que la comunidad recibe de nosotros.

Lo didáctico-productivo

No es casual ni caprichoso que se haya intentado muchas veces definir los alcances de la función de los sectores didáctico-productivos en la escuela agropecuaria.

Ha sido y es, sin lugar a dudas, su particularidad más característica, y tal vez por ello, motivo de gran orgullo o blanco de duras críticas.

Las tradicionales discusiones sobre la dicotomía entre teoría y práctica, sobre la segmentación entre educación y trabajo, o sobre el mayor o menor énfasis en la relación escuela-empresa, tienen su lugar privilegiado en estos espacios de producción y enseñanza.

Lo que nadie duda hoy, es que lo didáctico-productivo constituye una oportunidad especial y única para articular la formación general y la específica, para superar el hiato entre el campo educativo y el mundo del trabajo, y que debería constituirse en el eje unificador de todas las actividades escolares, y de articulación entre estas y el medio rural que representan.

Esta integración al espacio que nos rodea, es la que nos permite instalar a los alumnos en un sistema productivo agropecuario real, que es el mismo que encontrarán cuando terminen la escuela.

En otras palabras, en los sectores didáctico-productivos, los docentes no deben enseñar solamente una determinada actividad agropecuaria encerrada en el circuito productivo de la escuela sino que, por el contrario, la actividad agropecuaria que se desarrolla en ese sector debe ser una herramienta que el alumno se lleve y pueda utilizar en el futuro, para operar en esa misma actividad o en otra, en esa misma región o en otra.

El objetivo es capacitar al alumno para desempeñarse eficientemente en contextos diversos y cambiantes y, por ello y en su momento, se puso énfasis en el concepto de transferibilidad, que supone el logro de competencias que habilitan para la comprensión, interpretación, y/o intervención sobre contextos variados reconociendo sus particularidades.

En definitiva, para que la articulación entre la teoría y la práctica, la educación y el trabajo sean una realidad sostenible, deben basarse en un proyecto sostenible. Y sostener un proyecto frente a los alumnos, los padres, la comunidad educativa y la comunidad rural, es imposible si no se trabajan, entre todos, los criterios sobre “lo que hay que hacer” y de “cómo hacerlo” a partir de las condiciones y las demandas específicas de la realidad.

El plan didáctico-productivo

Se ha caído muchas veces en la tentación de definir el plan didáctico-productivo, caracterizándolo por lo que se supone debe ser, y no por lo que significa en realidad.

El plan didáctico-productivo es la herramienta de trabajo más importante para la planificación, ejecución, seguimiento y control de las tareas que se llevan a cabo en la escuela agropecuaria.

No sólo porque armoniza la enseñanza teórica y práctica. Si no porque además, es nexos entre los docentes de los distintos espacios curriculares y los responsables de los sectores productivos, que adecuan juntos los distintos contenidos a la evolución de los diferentes ciclos y sistemas productivos.

Este plan, que se convierte en programa y luego en un cronograma de actividades mes a mes, fija en principio la participación de los alumnos en los sectores “didáctico-productivos”.

Detenernos aquí en el razonamiento y la acción, una escuela agropecuaria sólo para alumnos, sería una contradicción y un despropósito mezquino.

La participación

Algunas escuelas pueden sostener, aún con una desequilibrada asignación de recursos, una actividad agropecuaria determinada, en un sector determinado, a cambio de mantener una reputación que la distinga del resto, obteniendo un resultado muy por sobre el promedio de su zona.

En el otro extremo algunos servicios cuentan con sectores productivos tan pobres que no pueden servir de base para la enseñanza de una actividad agropecuaria digna.

En el primer caso la realidad, con toda sus condiciones, está poniendo fin a estas actividades meritoriamente injustificadas y hoy estas producciones, dirigidas y manejadas por un pequeño grupo dentro del servicio, no pueden sostenerse más.

En el segundo la falta de recursos potenciada por la falta de compromiso hace tambalear seriamente las relaciones dentro de la comunidad educativa.

Y ambos, tanto el exceso como la falta, produjeron el desinterés de la comunidad rural.

Por lo tanto la coherencia dentro del sistema productivo escolar es una condición obligada por la realidad que nos está ayudando a poner los pies sobre la tierra y, porque también las Asociaciones Cooperadoras empiezan a participar y a exigir de otra manera, en aquellos aspectos referentes al manejo de fondos para el desarrollo de los distintos proyectos. Enmarcado con estos límites, le queda al servicio desarrollar rápidamente un plan de producción adecuado a la realidad, coherente, y participativo.

¿Pueden “no participar” los alumnos en un plan que los tiene como protagonistas principales?

¿Pueden “no participar” los productores de la zona en el plan educativo y de producción de la escuela donde van sus hijos?

¿Puede “no participar” la Asociación Cooperadora que respalda con sus bienes cada actividad productiva de la escuela?

¿Pueden “no participar” los docentes de las decisiones referentes a la producción, mientras enseñan sobre su base?

¿Pueden “no participar” las instituciones ruralistas de la zona, que generalmente definen a la escuela agraria como un pilar de referencia?

¿Pueden “no participar” aquellas empresas de servicios a las cuales recurrimos permanentemente para sostener nuestra producción?

¿Pueden “no participar” los padres de la construcción de los caminos hacia el futuro de sus hijos?

Está claro que cuando el plan de producción lo determinan dos o tres personas dentro de la institución, la pretensión de que 200 o 300 alumnos lo recorran entusiasmados, no se cumple. Y más errónea es, si la misma pretensión abarca a los padres, a la Asociación Cooperadora, y a las instituciones rurales del medio. Sin participación el plan de producción se convierte en el esfuerzo de unos pocos por imponer a un grupo mucho más numeroso algo que estos no reconocen como propio y por el cual se interesan poco. Y si el trabajo que se desarrolla en el sector no interesa, tampoco sirve como herramienta de enlace para desarrollar acuerdos estratégicos con otras instituciones, con padres, con productores, etc.

Quienes están fuera de la institución, y no tienen participación, se vuelven indiferentes. Quienes están dentro y tampoco participan se resienten y, mientras suman indiferencia, pierden compromiso y voluntad y se terminan ahogando en quejas contradictorias que no favorecen a nadie.

Cuando analizamos la falta de participación de quienes están directamente involucrados en el plan, esta tiene relación directa con el conocimiento, la aceptación y la valoración que tienen quienes realizan el plan hacia quienes lo deben llevar adelante, participando, aprendiendo, costeándolo.

Es difícil, pero es necesario aceptar que no siempre los docentes de la escuela agraria conocen el medio rural, aún siendo profesionales de las ciencias agropecuarias. Es cierto también que, quienes lo conocen y conocen sus características más propias y hasta puntualmente a sus pobladores, no siempre aceptan su manera de vivir, de pensar, de trabajar. Y por último, son muy pocos quienes valoran esa cultura con la misma escala con que valoran la suya.

Y la experiencia nos demuestra claramente que no es posible tener éxito en el desarrollo de cualquier proyecto cuando no conocemos sobre quién lo vamos a aplicar y en qué contexto lo vamos a desarrollar.

Todo se debe trabajar

Existen muchas formas de lograr la participación de todos los que están relacionados directa o indirectamente con el plan de producción de la escuela agropecuaria; pero la que mejor resultados ofrece es aquella que nace del sólido entusiasmo que transmite cotidianamente el equipo técnico.

Los docentes, los alumnos, los padres, los cooperadores, los representantes de otras instituciones, detectan rápidamente a aquellos líderes comprometidos y fundamentados con y para el trabajo de los sectores didáctico-productivos.

Y esto tiene relación directa con el acompañamiento que logran de cada una de las instancias y, por lo tanto, con el resultado de su trabajo.

Pero existe una idea equivocada acerca de la condición de entusiasmo y compromiso. En general, se supone que son características innatas, que ya vienen con uno, y que se tienen o no se tienen. Otros suponen también, que se pueden adquirir o modificarse para más o menos, pero de manera no formal, tácita, azarosa...

Pero la experiencia nos vuelve a demostrar que el entusiasmo y el compromiso se trabajan. Y que en general, en las escuelas agropecuarias, la capacidad de entusiasmo es grande. Que con un trabajo serio y profesional son muchos los que se suman a los distintos proyectos. Y que la constancia también se trabaja; como se trabajan el ejemplo, la idea, los valores, o la huerta.

Porque si no se trabajan, van a faltar los ejemplos, van a faltar las ideas, y van a faltar los valores, además de los zapallitos...

Todo debe estar bien claro

Se suele encontrar una brecha bastante profunda entre los objetivos propuestos para cada área productiva y los resultados obtenidos. La realidad y sus déficits, "los otros" y las dificultades para relacionarse, hacen dejar de lado todo lo propuesto y arrastran las producciones a una situación de deriva circunstancial.

El responsable del sector que proyecta en gabinete, y en soledad, con su planificación como horizonte y su rendimiento en las espaldas, se convierte en un responsable poco claro de su destino dentro de la escuela. Y los equipos directivos, tienen enormes dificultades para defender y argumentar estas situaciones que, en general, frustran a los alumnos y desprestigian a los profesionales y al servicio.

La claridad más efectiva, la aportan "los de afuera"...

Los “cooperadores”, cuando están acompañando la producción y la enseñanza; “los padres”, cuando son partícipes directos o indirectos de las actividades; “los responsables de alguna empresa de servicios agropecuarios, de instituciones, o algunos productores”, cuando se formalizan con ellos convenios de participación y trabajo conjunto.

Para los responsables de las áreas productivas, es muy distinto rendir cuentas para dentro del sistema que rendirlas frente a sus pares docentes, sus pares padres, sus pares productores, sus pares profesionales o técnicos. En primer lugar, porque al sistema le asignan una mayor o menor responsabilidad en la falta de algunos recursos que a ellos le “hubiesen hecho más fáciles las cosas”... En segundo lugar, porque el sistema educativo es tan enorme y está tan ocupado, que no puede registrar las situaciones ambientales particulares que afectan puntualmente sus sectores productivos. Y en tercer lugar, porque el sistema productivo va de la mano con el sistema económico, que es más grande y más responsable, y ubica a la actividad agropecuaria que les cabe como responsabilidad, como una en franco retroceso o como una con un auge tan espectacular, que siempre lo nuestro queda en una situación de desventaja, o intermedia, o expectante “un año más”... “a ver que pasa con los precios”...

Lo cierto es que el sistema evalúa; con demora, sin constancia, con demasiados resortes y demasiados bumerangs. Pero evalúa. Que trabajar dentro del sistema, mirando hacia fuera, nos permite justificar algunas acciones. Pero no todas. Que ocurren terribles situaciones climáticas que afectan a algunos servicios educativos que están ubicados geográficamente en una situación desfavorable. Pero la provincia de Buenos Aires, con toda su diversidad, permite expresar la actividad agropecuaria en todo su potencial.

Es obvio que la confusión retrasa. Tan obvio como aceptar que la claridad que aportan “los otros” nos ayuda a tener certeza en el diagnóstico y en los objetivos, en las metas y las actividades, y en el trabajo que, en definitiva, es el que genera los mejores resultados en cualquier ámbito que quiera definirse la institución.

Las dificultades no son ajenas

Cada vez le insume más tiempo al equipo directivo la resolución de los problemas cotidianos. Y no es por falta de capacidad para resolverlos. Permanentemente se van agregando situaciones problemáticas nuevas a las ya tradicionales. Y lo hacen con características más complejas, desde el punto de vista legal, físico y psicológico, cuando nos referimos a los alumnos. Tan complejas, desde el punto de vista tecnológico, económico, financiero y comercial, como cuando nos referimos a las cuestiones productivas. Y más complejas aún, cuando nos queremos involucrar seriamente en nuestro contexto, debido al entorno de descreimiento, desconfianza, y desazón que circunda a las relaciones humanas.

Sin embargo, en los proyectos educativos institucionales, muy rara vez se contemplan a los problemas como una parte más de nuestro trabajo. Son generalmente una carga, que en algunas oportunidades se espesa o se aliviana, y que nos condena casi cotidianamente a abandonar el rumbo que teníamos proyectado. Muchas actividades se postergan en su nombre y dejan claro el desfasaje de roles dentro del PEI.

...“iba a sembrar, pero vino la madre de”...

*...“hoy me tocaba matar los pollos,
pero me quedé sin luz y el Jefe de Taller estaba dando clases”...*

Los problemas no son ajenos a las actividades agropecuarias; por lo tanto hay que preverlos, describirlos, identificarlos, rotularlos, clasificarlos, atenderlos y, si es posible, solucionarlos, pero teniendo claro que su presentación no es espontánea ni cósmica.

Los grandes problemas, dentro de la escuela, tienen grandes responsables dentro de la escuela. Hay quienes los generan y quienes los solucionan. Hay quienes los disfrutan y quienes los padecen. Hay quienes los dejan y quienes los toman. Hay quienes los esconden y quienes los agrandan. Hay quienes se enredan en ellos y se paralizan, y hay quienes se nutren para seguir adelante.

Los problemas nos han hecho polifacéticos y multiprofesionales. La enorme mayoría de los directores, profesionales de las ciencias agropecuarias, se han convertido en seres que se destacan en psicología, medicina, escapismo, abogacía, nutrición, ecología, religión, enfermería, filosofía, economía y finanzas, penales y buenos modales, paciencia y armonía espiritual.

Los objetivos compartidos

El objetivo del Plan Anual de Producción, es el de determinar qué se va a producir en cada área, cómo y cuándo, y qué resultados se esperan. Estas producciones se van a desarrollar en distintos sectores que tiene la escuela, y los alumnos van a aprender las distintas actividades, agropecuarias o agroindustriales, a través del propio trabajo en el mismo lugar en que se desarrolla. Por lo tanto, el objetivo principal de los sectores didáctico-productivos es el de enseñar una actividad agropecuaria específica a través de su producción, y obviamente, la enseñanza que en ellos se imparte es eminentemente práctica.

Si bien en la mayoría de los casos, los sectores didáctico-productivos son dirigidos y conducidos por técnicos y profesionales del servicio, respaldados económica y financieramente por las Asociaciones Cooperadoras, se fueron incorporando a través de

los años, con distintas modalidades de participación, otros actores del medio rural. Esta apertura, con distintos objetivos en cada caso, le ha otorgado al trabajo en los sectores una serie de características favorables desde todo punto de vista.

Se ha incorporado tecnología a las escuelas, se aumentaron los volúmenes de producción, se mejoraron los canales de comercialización, se integró a pequeños chacareros –en muchos casos padres de alumnos– en proyectos productivos que permitieron la continuidad de los mismos en sus actividades tradicionales, se capitalizó toda la experiencia de los mismos, se fortalecieron los vínculos solidarios, se establecieron asociaciones con distintos fines, y otras ventajas que, en el conjunto y desde estas experiencias, han animado a nuestros directivos no sólo a favorecer la participación de la comunidad rural en las actividades, sino a tenerlos en cuenta para la planificación y programación de las mismas.

Cuando se diseña el PEI, y los docentes y los técnicos nos planteamos como objetivo el desarrollo comunitario a través de la escuela, estamos definiendo un objetivo unidireccional: la escuela va a propiciar el desarrollo comunitario. Si además de los docentes y los técnicos participan miembros de la comunidad, el objetivo puede tener en el mismo sentido, dirección de ida y vuelta.

Y si los objetivos son de alguna manera denuncias de lo que no está hecho y nos planteamos hacer, un objetivo con esta base nos ayudaría a definir, con más claridad, ambas partes del mismo lado; qué cosas puede la comunidad aportar a la escuela, y cuáles la escuela a la comunidad.

El trabajo compartido

Es ingenuo pensar, si se lo hace con seriedad y profesionalidad, que se puede producir un cambio en el medio rural, desde la escuela, actuando solamente sobre los alumnos.

Cuando decimos que es necesaria la participación de la comunidad en el destino de la escuela, no sólo nos referimos al hecho de compartir la definición de los objetivos institucionales. Esto sería muy sencillo, y hasta estético en la introducción de un informe acerca del proyecto escolar. Pero a los objetivos hay que conseguirlos. Y si se definieron en conjunto, hay que lograrlos en conjunto. Y esto ya no es tan fácil, pero es ético.

Las acciones que desarrolla un servicio educativo de modalidad agropecuaria, si pretenden realmente producir un cambio en la comunidad rural donde se inserta, deben hacer impacto simultáneo sobre toda la población. Varones y mujeres, chicos y grandes, profesionales y no profesionales. Sobre toda la familia rural. Entonces el cambio se hará en menor cantidad de tiempo, a menor costo, y con menor resistencia.

Es muy difícil simular que con herramientas como las que ofrece nuestro sistema educativo, accionadas sobre un grupo minúsculo (nuestros alumnos) se pueda conseguir rápidamente un viraje profundo en el destino de desarrollo de una comunidad rural, con un entorno plagado de condiciones desfavorables, esperando que el cambio producido en los chicos actúe como disparador para producir otros cambios en los padres, los productores, las cooperativas, etc.

Es más fácil no simular y trabajar para y con todos.

Los resultados de la primera posibilidad ya los conocemos.

Nuestra responsabilidad es lo que se espera de nosotros

Han opinado alumnos, ex-alumnos, padres, docentes, directivos, cooperadores, organizaciones gremiales e instituciones del medio. **Un técnico no debe ser una versión apretada de un profesional, o su ayudante en el campo, o un práctico que sabe resolver cosas simples.** Hay un perfil, claramente definido, que rompe esa tradicional concepción. Y para alcanzarlo, lo que se espera de nosotros, lo que constituye nuestra verdadera responsabilidad, se convierte en el mejor catálogo de indicadores de eficiencia.

De un sector didáctico-productivo se espera:

- Que se desarrollen, para el aprendizaje de los alumnos, actividades prácticas y proyectos supervisados y llevados a cabo por los docentes y los responsables de los sectores.
- Que la actividad agropecuaria se convierta en una herramienta que el alumno se lleve y pueda utilizar en el futuro, para operar en esa misma actividad o en otra, en esa misma región o en otra.
- Una producción que permita, en lo posible, el autoabastecimiento del comedor escolar y la comercialización de excedentes.
- Que, independientemente de la escala, el sector cuente con un diagnóstico permanentemente actualizado del estado de situación de la actividad productiva que desarrolla, en todos los contextos posibles (zonal, regional, provincial, etc...)
- Que se establezcan asociaciones con padres y/o productores que propicien su integración con la escuela a través de la producción y/o los servicios, para mejorar la calidad de vida y el arraigo en el medio rural.
- Que se realicen actividades no formales, para capacitar a toda la franja de la población rural en edad no escolar.

- Que se creen convenios con terceros y/o empresas agropecuarias que mejoren el aspecto productivo y educativo.

Los argumentos que intentan explicar la falta de éxito en cualquiera de estos objetivos, son generalmente inaceptables. El cumplimiento de todos ellos, no es una tarea fácil. Fundamentalmente porque los resultados en la producción y en la educación, se evalúan de una manera muy cruda.

Y en una escuela, quien evalúa y quien es evaluado, tienen la misma responsabilidad.